
Calle de Toledo



Calle de Toledo.
En un arroyuelo
pican las gallinas.
El sol, casi echado,
el aire amagado;
corros de vecinas.
Un chico grandón,
terco y cabezón
hurta en las cortinas.

Una mujercilla,
con trazas de ardilla,
sobre una estera,
espulga a una chica,
que llora y replica,
como una fiera.
Mientras, su amiga,
le hace la higa:
—«¡Ahora, te amuelas!»

Sentado en su puerta,
recosa una espuerta
un hombre en camisa.
En sus ademanes,
denota desmanes
en la «cornisa».
Una vecina
lo mira, ladina,
y suelta la risa.

Un palo de escoba,
sostiene una sogá,
entre dos ventanas.
Al tender la ropa,
con todo se topa

tardes y mañanas.
Estando al corriente,
dice la gente,
no te agusanas.

Por la calle alante
viene un ambulante
vendiendo gorrinos.
Cruza la manada,
hoza la calzada,
gruñen los vecinos.
Gritos y blasfemia,
voces y esparto,
como en la feria.

Por el Arenal,
con voz detonante,
grita un trajinante:
«Caramelos finos de los Alpes»
«Llorar, chiquillos, llorar
'y tiraros por el suelo,
y decir a vuestros papás
que os compren caramelos».
«¡Seis, cinco céntimos!»,
A nadie engaña,
(corren los tiempos de Maricastaña)

Le dió la ventolera
de irse hacia la era
al hombre de la espuerta.
Y apenas llegar,
miró hacia el lugar
buscando respuesta.
Se le abrió la boca
y le entró una mosca.
¡Qué vida esta!